

Visiones y sueños leyendo “El cocodrilo” de Dostoyevski

Fernando Morlanes Remiro



Ilustraciones de Sergio Abrain.

Esta modernidad, posmodernidad o nueva modernidad que vivimos y padecemos nos ha dejado anclados en la mirada de Narciso. Mientras el futuro y la humanidad verdadera se desesperan llamándonos a gritos, cual una nueva Eco, nosotros seguimos contemplando el espejo de las aguas pensando que nada antes o después de ese instante ha existido. Nada que esté fuera de nosotros ha podido tener vida. Y, sin embargo, la historia e incluso la literatura están repletas de ejemplos.

“ Nuestros clásicos tienen la gran virtud de poseer el secreto de la atemporalidad. No son profetas. Son atemporales. En fin, que están de vuelta de todo, o lo aparentan muy bien. ”

Ahora mismo, tras un rato de ocio, acabo de cerrar un libro en el que he leído un cuento de Dostoyevski, “El cocodrilo”. Magnífica metáfora sobre estas primeras décadas del siglo XXI, sobre nuestro tiempo.

—No es posible— me diréis

—Dostoyevski vivió en el siglo XIX—. Eso no es algo que debáis recordarme, para el caso, carece de importancia. Nuestros clásicos tienen la gran virtud de poseer el secreto de la atemporalidad. No son profetas. Son atemporales. En fin, que están de vuelta de todo, o lo aparentan muy bien.

El cuento en cuestión transcurre en la Rusia del zar Alejandro II, se publicó en el año 1865, apenas cuatro años después del decreto sobre la emancipación de los siervos. Entonces, Rusia se dividía entre quienes eran partidarios de su modernización abriendo sus brazos a Europa y quienes defendían las tradiciones y una forma de vida propia. Dostoyevski, aunque tildado de conservador, conocía ya muy bien Europa (gastó su tiempo de ocio viajando y jugando) y no renegaba del progreso, pero tampoco hacía ascos a la tradición. De ese modo, ejerciendo el uso de esa visión atemporal, no sabiendo bien si actuaba como miembro del grupo de André Bretón o si seguía los pasos de *La cantante calva* de Ionesco, seguramente mucho más cerca de la *nivola* unamuniana, se puso a escribir “El cocodrilo”, un cuento surrealista y absurdo a un tiempo, caricatura de

las limitaciones de la humanidad. Trata de un funcionario instruido y abierto que tiene programado un ilusionante y ocioso viaje a Europa. En vísperas del mismo, su mujer le propone ir de visita a *El Pasaje* —un espacio en el que su dueño, un alemán (mira por dónde, un alemán), exhibe cacatúas, monos y un cocodrilo—. El funcionario opina que “En vísperas de emprender un viaje a Europa, no está de más conocer desde aquí a sus pobladores aborígenes”. Bueno, el caso es que, durante la visita, el cocodrilo engulle “vivo y en su totalidad” al funcionario. En ese punto, Dostoyevski ya ha dibujado su aparentemente sencilla y grandiosa metáfora —que yo traslado a nuestro siglo XXI—; ahora comienza a darle vida a hacerla crecer con más símbolos e imágenes de la realidad. Iván Matvéich, el funcionario engullido por el cocodrilo puede representar al pueblo ruso o a cualquier componente de la clase media-baja de nuestros días (el actual pueblo español o cualquier otro pueblo occidental también se verían representados). *El pasaje*, amplio edificio en el que el pueblo ocioso puede contemplar parte de una imaginaria fauna exótica y europea, es Europa; el dueño de *El pasaje*,

que por mera especulación explota semejante imagen mentirosa sobre el viejo continente, es alemán, igual que los bancos alemanes, igual que el propio banco alemán; y la madre del alemán, la *Mutter*, que se nos aparece como la propia Merkel —porque *Mutter*, en alemán, significa madre, pero también caracola o cáscara de un fruto, con lo que se acrecienta la imagen protectora de la madre—; y, por fin, llegamos al cocodrilo, que como es un animal nadie lo puede controlar, que es voraz y que no tiene responsabilidad sobre sus actos; además es la fuente de ingresos del alemán, es *el mercado*, porque, además, los cocodrilos tienen ese don de estar en los sitios demostrando una ausencia total, están pero no están. Pura contradicción mercantilista la del estatismo perezoso del ocio como imagen del negocio.

Llegado a este punto, confesaré que no pretendo contar ni reseñar el relato de Dostoyevski, y que el significado de la metáfora no tiene por qué coincidir con el que el lector pueda encontrar en el texto. Es la explicación que yo hallé cuando la literatura de “El cocodrilo” me engulló total y completamente vivo y me hizo pensar. Pensando...pensando, un vaho poderoso y somnoliento se apoderó de mí y comencé a soñar. Mejor dicho, a mal soñar, porque todo fue una pesadilla (Véase, pues, que el ocio también estresa).

Entré en *El pasaje* como en una feria —no sin antes haber pagado la entrada al alemán—, todo estaba iluminado y adornado con vivísimos colores, músicas de acordeón, de organillos y de cajas de muñecas. Había un gran ambiente, pero casi todo se concentraba en un punto, el cocodrilo. Me acerqué al grupo de gente que estaba contemplándolo, pero el alemán me cortó el paso y me dijo: “Ah, no. Para ver aquí tú pagar doble”. Pagué ¿Qué iba a hacer? Pagué. El cocodrilo estaba quieto y con los ojos cerrados ¿Cómo iba a estar después de semejante banquete! De repente, se oyó una voz muy lejana: “Como

ahora estoy totalmente imbuido de grandes ideas, durante el ocio puedo soñar con la mejora del destino de la humanidad” ¡Diantre! ¡Estaba vivo! El hombre que había engullido el cocodrilo estaba vivo.

— ¿Pero, por qué no lo sacan?— grité — ¡Sáquenlo de ahí, por lo que más quieran!

— ¡Y quién le paga los daños a alemán!— me respondieron — “El principio económico está antes que nada”. Además, ahora crecerán desmesuradamente los beneficios, en cuanto corra la noticia.

“ “Como ahora estoy totalmente imbuido de grandes ideas, durante el ocio puedo soñar con la mejora del destino de la humanidad”. ” ”

Se me aceleró el pulso. Nunca había sentido mi corazón bombear con tanta fuerza. Imágenes inconexas que tenían que ver con la unidad europea se amontonaban en mi mente. Políticos de casi todas las tendencias reunidos celebraban alrededor de unos gráficos con líneas ascendentes de las que se desprendían, como en una cascada, millones y millones de monedas que caían en el codicioso bolsillo sin fondo del alemán, mientras la *Mutter* empujaba a los políticos para que siguiesen arrojando funcionarios, parados, discapacitados, pensionistas a la boca de un cocodrilo enorme e insaciable que cada vez pedía más y más. Mi cabeza estaba a punto de estallar. No comprendía nada. De pronto, esas imágenes dejaron de aparecer. Todo quedó a oscuras. Entre las sombras vislumbré a algunas personas improductivas que caminaban despacio, como zombis, que se paraban delante de los cubos de la basura, faltos de ánimo rebuscaban entre las bolsas que los gatos ya habían reventado. La policía acordonaba los supermercados, los

congresos y los bancos. También las gasolineras, los depósitos de agua, las estaciones, las grandes superficies comerciales permanecían protegidas. Mientras millones de personas dormían a la intemperie se derrumbaban miles de edificios abandonados. A los escasos hospitales, escuelas, universidades y residencias que quedaban en pie, solo se podía entrar previo desorbitado pago...

—No puede ser—, pensé —esto es una exageración. No puede ser real; aunque, de todos modos, es ese el camino que hemos emprendido. Cualquier día fletarán trenes con discapacitados, viejos, parados, desahuciados, inmigrantes y los llevarán a campos de concentración ¡De alguna manera querrán ahorrarse la visión de la pobreza! ¡Aunque sea matando!

Y, mientras tanto, nosotros seguimos obedeciendo. Nos quitan todo, pero continuamos pagando nuestro impuestos para mantener ¿qué? A mí, así, no me interesa tener un estado o cualquier otra forma de organización del poder. Así no me interesan las democracias constitucionales, porque me están traicionando. La democracia tiene sentido cuando es real, cuando es de todos; pero ahora, no lo es. Ahora nos reclaman como necesaria la pertenencia a una Europa de mercaderes, una Europa que yo no quiero, por la que he perdido interés. Esa no es la Europa que esperábamos formar. Nos han engañado. A esto nos lleva toda esa gente enemiga del ocio. La que solo cree en el negocio, siempre que sea suyo, claro...

El gato salto sobre mi pecho y me desperté. Algo sobresaltado, me desperté. No obstante, al contemplarme sentado en el sofá de mi cuarto de estar me sentí más tranquilo.

—Ha sido una pesadilla—, pensé; pero al intentar levantarme, vi que el libro de “El cocodrilo” de Dostoyevski todavía permanecía abierto sobre mis piernas, como una enorme boca abierta y dispuesta a engullirme “vivo y en (mi) totalidad”.